



## Ponente<sup>1</sup>

**ALEXANDRA ZUNINO**

Responsable de voluntariado del campo de refugiados de Ventimiglia, Italia

Muchas gracias a todos por estar aquí.

Soy italiana y voy a hablar en español, así que perdonad mis faltas. Quería darle las gracias al presidente de la Fundación CEU San Pablo, al padre Andrés Ramos, que desde que vino a repartir mantas nos ha apoyado en esta aventura; a todos los voluntarios del CEU que han pasado tiempo con nosotros y han sido testigos de lo que estamos viviendo en Ventimiglia y en el campo desde hace dos años.

Quería empezar mi intervención diciendo que detrás de mí van a pasar unas fotos, porque cuando hablamos de refugiados, de emigrantes, siempre se habla de números y nosotros hemos tenido la suerte de hablar con personas. Es muy difícil, para ellos y para nosotros, poder encontrarnos. Y si empezamos a hablar con personas, las cosas van a ser más fáciles. Por eso hay todas estas caras, personas que han sufrido mucho y que ahora están en Europa y que hemos acogido en el campo.

Ventimiglia es una ciudad de 25.000 habitantes. En 2015, Francia decide volver a poner controles a las fronteras. Esto significa que las personas que llegaban a Italia, a Lampedusa, que es el sitio más conocido, imagino, para todos vosotros, o a Apulia o a Sicilia, subían hasta el norte de Italia y, de una manera o de otra, intentaban cruzar más o menos fácilmente para llegar a su destino, fuera París, Inglaterra, Bélgica o los países del norte de Europa. A partir de 2015, de repente, en Ventimiglia nos encontramos con 200 personas, más o menos, ahí paradas en la estación. ¿Qué hacemos con ellos? La Cruz Roja interviene en 2015 y abre un pequeño campo de refugiados al lado de la estación de trenes, en pleno centro de la ciudad. Los números, más o menos, 200-300 personas. Pero claro, al día, porque es un campo de tránsito. Estamos hablando siempre de tránsito de migrantes o refugiados. Esto hasta el mes de mayo 2016, cuando ya no se podía tolerar un campo de refugiados en el centro de la ciudad. Tras la visita del ministro de Interior de entonces,

---

<sup>1</sup> Transcrito por audición.

el campo del centro de la ciudad se cierra. Las personas se quedan por la calle. ¿Qué vamos a hacer con ellos? Y es en ese momento en que, siguiendo las palabras del papa Francisco y actuando como el papa Francisco decía, don Rito Álvarez y la Cáritas de Ventimiglia deciden, de manera muy valiente, abrir físicamente las puertas de la iglesia de San Antonio. Empezamos con 200-300 personas y decimos: “Bueno, ya estamos respondiendo al problema”. El día después, 400, 500. A una semana y media de la apertura del campo, dos semanas, 1.000 personas en tránsito; 3.000 comidas al día; solamente un campo con el trabajo de los voluntarios y con nuestro capitán, don Rito Álvarez. Don Rito es una persona, como habéis visto en el vídeo, muy valiente. Es una persona que actúa según el Evangelio, que se pone siempre delante. Es un verdadero capitán. Nos ha ayudado muchísimo en esta experiencia y, con 1.000 personas al día que ayudar, puedes imaginar bien lo difícil que ha sido. Esto, desde mayo hasta final de julio, dos meses, 1.000 personas, 3.000 comidas cocinadas en una pequeña cocina normal, como si fuera una cocina de casa, porque no teníamos nada. La gente durmiendo algunos días en el interior de la iglesia; después, en la planta baja de la iglesia, en un pequeño campo de fútbol que se encuentra detrás de la iglesia, delante de la iglesia y en un aparcamiento, durmiendo por el suelo. No teníamos más remedio, no lo podíamos hacer de otra manera.

Gracias a Dios, muchísimas personas nos traían comida, ropa y eso nos ayudó mucho, porque no había nadie, solamente voluntarios y don Rito; un médico de cabecera, una pediatra y una enfermera para 1.000 personas al día. Aprendimos a hacer todo: a curar las heridas, heridas físicas y las heridas del alma, en parte. Siempre nos han dicho las personas que han pasado por el campo que nunca habían encontrado un sitio, un campo, tan acogedor. Un sitio donde las personas le llamaban por nombre. Imaginad, cuando tú llegas a un sitio, a un campo de refugiados, hay tantas personas que nadie puede acudir a ti, puede pensar en ti de manera directa y personal. Pues, a pesar de ser pocos voluntarios y muchos refugiados, lo que intentamos hacer fue exactamente eso: devolver a esta persona la dignidad; que alguien le llamara por su nombre.

En los últimos tres años, desde 2015 hasta ahora, han pasado por Ventimiglia 60.000 personas y esto lo saben los periódicos. Ventimiglia tuvo que enfrentarse a un problema europeo y ha sido dejada sola: la ciudad, su alcalde y las personas y los voluntarios. Seguimos durante dos meses, en 2016, con 1.000 personas. Eso no podía ser, no podíamos aguantar más. Era demasiado. En ese momento, Cruz Roja y la prefectura deciden abrir un campo en las afueras de la ciudad, a tres kilómetros, solamente para los hombres. Nosotros

en la iglesia nos quedamos con mujeres, familias, niños y menores no acompañados. Después os hablaré de ellos. Y ahí empezamos a estructurarnos un poquito mejor. Y en noviembre, solamente en noviembre, empezamos a tener visita y ayuda de las ONG más importantes. Empezamos en mayo y estamos en noviembre. Ya habían pasado miles y miles de personas por ahí.

Empezamos con un proyecto para la protección de la mujer y su salud llevado por Médicos sin Fronteras. Y también llegan las primeras ONG para dar información legal. La información legal es básica para los refugiados pues, hasta aquel momento, había solamente una persona de Cáritas que iba informando a miles de personas sobre sus derechos, sobre sus deberes, sobre lo que había pasado durante su viaje y cómo podrían seguir. Esto hasta el mes de agosto de este año cuando, por razones ajenas a nuestra voluntad, las instituciones decidieron que las mujeres, los niños, los menores tenían que trasladarse al campo oficial de la Cruz Roja, donde, hasta aquel momento, había solamente hombres.

Y así, la iglesia de San Antonio cierra sus puertas pero sigue su trabajo. Cáritas sigue ayudando a las personas que habéis visto en el río anteriormente porque, por razones que son muy complicadas de explicar y de entender también, siguen en el río alrededor de 200 personas. 500 personas están en el campo de la Cruz Roja, actualmente. Los números cambian día a día, porque hablamos siempre de personas en tránsito y, como Cáritas, seguimos atendiendo todos los que se presentan en Cáritas dándoles de comer. Este verano, alrededor de 500 comidas al día. Ahora estamos entre 200 y 250 al día. Ropa, kits higiénicos e información legal, cuando las personas nos lo piden...

Lo que hemos aprendido durante esta experiencia de un año y medio, y seguimos aprendiendo, es que, sobre todo, estamos en contacto con personas; personas de diferente procedencia, claramente. Porque como contaba Belén antes, en el campo hay personas de Siria, de Afganistán, de Kurdistán. Hay personas que vienen del África subsahariana, hay personas que se escapan de Nigeria, por ejemplo, o de países de las excolonias francesas. Es una mezcla de culturas. Nunca, gracias a Dios, igual porque estábamos en una iglesia – puede ser porque alguien nos protegió–, pasó nada. Nunca hemos tenido ningún problema de peleas. Hubiera podido pasar, normal, porque cuando hay 1.000 personas que tienen que comer, ponerse en la cola a por un plato de pasta se pueden imaginar que no es fácil. Pues, nunca ha pasado nada. No hemos tenido, gracias a Dios, ningún problema de salud. 1.000 personas en un sitio tan pequeño, y cuando también había 1.000 personas y había menos, con dos baños y dos duchas... pues, problemas higiénicos no. Ninguno, gracias a Dios.

Belén os ha contado de la convivencia, de la energía que hemos respirado en la iglesia y que seguimos ahora en Cáritas. Lo que sí que es común a todas estas personas, puedo decir, esta energía, como decía antes, es la fe. No hay que confundir la religión, que es un asunto de hombres, creo, con la fe, que es un asunto entre las personas y Dios. Esto es lo que pienso. Y esta fe ha ayudado a estas personas a pasar momentos que nosotros no podemos ni imaginar. No sé si alguno de vosotros ha leído en los periódicos hace poco –en mi país, claro, nosotros estamos enfrentando este tema y cada día sale información– lo que está pasando en Libia. Solamente ahora ha salido un vídeo de la CNN que habla del mercado de los esclavos modernos que hay en Libia. Estas personas que nosotros hemos conocido están vendidas. Estamos en el año 2017 y están vendidas. Estas personas que nosotros conocimos, que Belén, que los chicos aquí han compartido tiempo con ellos, nos han enseñado fotos y sobre todo, simplemente, podemos leer en las heridas que llevan en el cuerpo lo que han pasado en los campos en Libia. No creo que en Europa se hable mucho de este tema. Es gravísimo. Es horrible. Las personas que llegan al campo, que hemos encontrado, casi todas las mujeres han sido violadas; casi todas: menores, niñas. Muchísimas entre ellas han sido violadas enfrente de sus padres, de su marido, de su hermano. La misma cosa para los hombres: palizas continuas, heridas no curadas, violencia física y mental durante meses. Las personas se tienen que enterar y tienen que saber lo que está pasando en Libia.

Las chicas que salen de Eritrea o de Etiopía, que se tienen que escapar de esos países donde hay una dictadura muy fuerte, salen de su país y a veces pasan por los campos de refugiados de Sudán. En Sudán, en los campos de refugiados (y si pueden ellas ya cuando están en su país) se ponen un parche o les pinchan, porque saben ya que van a ser violadas. Es normal. Ellas ya lo saben, están preparadas. Es horrible. Hablando con ellas, os puedo contar historias, por ejemplo, de una chica que, llegando al campo, casi no hablaba los primeros días y después me dijo: “Ay, por fin estoy en Italia. Lo mejor que ha pasado en este viaje es cuando llegué a Sicilia, que me lavaron el estómago y ahora me encuentro mucho mejor”. Lavar el estómago significa abortar. A la niña le habían violado, como a muchas de ellas; ella sabía que estaba embarazada y eso fue la cosa más bonita, porque esa cosa... Es que nosotros no podemos comprender hasta qué punto es doloroso seguir la violencia, no solamente cuando están ahí, sino también cuando llegan a Europa.

En el campo de Ventimiglia, Confine Solidale, nos hemos ocupado mucho tiempo de las chicas que venían de Nigeria. La trata de las chicas de Nigeria. Según los datos que nos han dado las ONG, en el año 2015 han llegado a Italia 1.500 niñas de Nigeria, chicas, mujeres jóvenes. En el año 2017,

16.000. ¿Qué significa? Eso es trata. Trata de mujeres. Significa que a estas chicas que viven sobre todo en una zona cristiana muy pobre, hay personas que ya están en Europa que les convencen de venir aquí para trabajar. “No te preocupes, yo te voy a ayudar. Te voy a pagar el viaje y tú vas a trabajar como peluquera o como *babysitter*”. Las niñas, según salen de Nigeria, antes de llegar a Libia están vendidas; las venden como si fueran mercancía. Y se enteran. Empiezan a violarlas en Libia, llegan a Europa y, como vienen de regiones muy pobres, hay un chantaje emocional hacia ellas y hacia sus familias. Se habla de una cosa que se llama *yuyu*, es difícil de explicar, es como un hechizo. Les dicen que si ellas, las mamás que encuentran en Italia o en Europa les dicen de hacer (prostituirse) ya algo malo va a pasar a su familia, que le tienes que devolver el dinero de este viaje que ellas no querían hacer. Devolver el dinero de un viaje que ellos te dicen que cuesta 60.000 euros.

¿Cuánto va a durar esta situación? Pues, meses, años. En la iglesia hemos acogido a muchas de estas chicas y algunas de entre ellas ahora están en un programa de protección. Igual pueden respirar otra vez y esperar a hacer una nueva vida.

También hemos acogido a muchísimos menores no acompañados y ese es un tema muy delicado y muy doloroso. No es cierto que todos los que cruzan el Mediterráneo paguen su viaje. Sí muchos, pero no todos. Hemos conocido a muchos menores de algunas zonas más pobres de África, sobre todo de África, de las excolonias francesas, donde hay gente que va y les dice a los chicos: “Bueno, vente conmigo. ¿Te gusta el fútbol? Vas a ser futbolista en Europa”. “Ah, muy bien”. Las familias: “Ah, muy bien, ya me voy”. Llegan a Argelia y están vendidos. Llegan a Libia y trabajan como esclavos. Los cogen físicamente y los meten en un barco. “Este número, cuando llegues a Francia, Inglaterra, Bélgica, tienes que llamar a este número. Y me vas a devolver el dinero”; el dinero de un viaje que ellos nunca quisieron hacer.

Estas personas son las que encontramos y a las que intentamos ayudar en Ventimiglia, Confine Solidale. Las familias que viajan se pierden; las familias que salen de Sudán, de Eritrea, de Etiopía, que se encuentran en los campos de migrantes muy grandes, de millones de personas de Sudán, Sudán del Sur, Sudán del Norte –he hablado esta mañana con una persona que hizo la intervención ayer, que me contó que en Uganda también–, las familias se dividen y se pierden. Una parte de la familia llega a Europa, otra parte se queda en Libia. Los que tienen más suerte intentan pasar por Egipto. Ellos sí tienen suerte porque no tienen que pasar por las cárceles de Libia. No tienen que pasar por la violencia continua que estas personas tienen que aguantar durante meses sin saber cuál va a ser su suerte.

Lo que más hemos intentado dar a estas personas que pasaron, las personas en camino, es devolver un poco de dignidad. Son personas que llegan y que están vacías. Hay personas que están ahí y que se quedaban dos días, tres días, un mes casi sin hablar, porque no tienen la fuerza. Ya no pueden. La misma cosa pasa con las personas que vienen, las personas en camino, de Siria, de Kurdistán, de Afganistán... Hemos aprendido a conocernos; ellos también. Imaginad, hace dos años, tres años, en Siria, un médico, su familia, un ingeniero, un profesor, un barco, escaparse, los barcos en Turquía; llegar a Italia y encontrarse en un campo como este que estáis viendo, en el campo de Confine Solidale, y otro y tener que compartir habitación día a día, cuarto de baño y comida con una chica de Eritrea, con un chico de Chad, con una familia de Sudán. Los conflictos que hubieran podido surgir, el *shock* cultural también de ellos. Gracias a Dios, no pasó nunca nada.

Estos niños que estáis viendo que no van a volver a su país, aunque les gustaría; sobre todo a los refugiados de Afganistán, de Siria, de Kurdistán. No van a volver. Tenemos que pensar en ellos. Tenemos que pensar que van a ser parte de nuestra cultura, van a estar en Europa. Los menores no acompañados que llegan a Italia o a Grecia son miles y miles y muchos de ellos desaparecen; físicamente, desaparecen. Estos chicos no se quedan en Italia. Están de camino por Europa. Si nadie se ocupa de estas personas, de adolescentes, como hemos conocido nosotros, de Afganistán, de 11 o 12 años, niños de Eritrea de 11 años, viajando solos porque han perdido a la familia en los campos de Sudán... Los niños de Afganistán, una noche (os puedo contar esto, todos los refugiados llegaban por la noche porque los trenes de Milán o de Roma llegan a Ventimiglia a las once de la noche) eran las once, más o menos, tres niños: 11, 12 y 14 años; dos hermanos y un primo. Vamos a abrir la puerta y les decimos: “¿Dónde están vuestros padres?”. Claro, nosotros acogemos a familias y siempre niños tan pequeños se presentaban con sus padres. Y ellos dicen: “No tenemos padres”. Digo: “¿Cómo no tenéis padres? ¿Los habéis perdido durante el camino en algún campo en Grecia o en Turquía?”. Dicen: “No, hemos venido solos”. Habían viajado solos durante siete meses desde Afganistán y querían ir a Francia, a París. No tenían nada, pero nada. La ropa que llevaban encima. Ya está. Y un número de teléfono que conocían de memoria, grabado en la cabeza. Diciendo: “Tenemos que llegar a París y llamar a este número. Ya está, es lo único que sabemos”. ¿Estos niños habrán llegado a París? Pues, no podemos saberlo, pero tenían un número. ¿Qué les va a pasar a estos niños en París? Hemos trabajado con una ONG inglesa que se ocupaba exactamente de esto, de los menores no acompañados. *Children on the move*, ese es el

nombre del proyecto. Si no seguimos a los niños, si no nos ocupamos de ellos, el riesgo es que en unos años, no muchos, nos vamos a encontrar en las ciudades europeas con bandas como las de Sudamérica o las que hay en algunas ciudades de África, como en Johannesburgo, con [ininteligible] con violencia. Porque algunas personas han mirado para otro lado cuando estos niños se hubieran podido educar e integrar en la sociedad.

Creo que la experiencia que tenemos en Ventimiglia muchos no la conocen. 60.000 personas han pasado por ahí. No son pocas, ¿eh?, para un pueblo de 25.000. Es una experiencia que se tendría que compartir. Por esto nos ha encantado recibir a los voluntarios del CEU; nos ha encantado recibir voluntarios de Francia también para dar a conocer una realidad que nos toca personalmente desde hace tres años pero que es la realidad de Europa. Se conocen los campos de Lesbos o de Lampedusa, pero esta gente no se queda ahí. Esta gente sigue. Y en Italia hay otras realidades, como Bolzano, Gorizia, más pequeñas, donde el problema de los refugiados es un problema que Europa igual no quiere ver, pero es lo que pasa; exactamente lo que está pasando.

Aquí, en España, no conozco mucho vuestra realidad. Aparte, me acuerdo de las pateras que llegaban de Senegal a Canarias, si no me equivoco. Hace poco también algunas en las playas de Almería o de Murcia o por ahí. No sé los números exactamente. Después, claro, Ceuta y Melilla, pero están al otro lado todavía.

Lo que me gustaría también es que alguno de vosotros, si tenéis alguna curiosidad o alguna pregunta, porque la verdad es que hay algunos periodistas que me han llamado en estos días diciéndome que no sabían lo que estaba pasando exactamente y, cuando les he contado los números, estaban impactados y me dicen: “Ay, pero ¿tanto? ¿Esto es lo que está pasando?”. Digo: “Pues sí, esto es lo que hay”.

Nosotros, como voluntarios, hemos decidido no mirar para otro lado. Tampoco teníamos más remedio. Estamos ahí, en la frontera. No podemos mirar para otro lado. Las personas están ahí. Cuando bajábamos de casa, las calles estaban llenas de personas durmiendo, tiradas en el suelo, en el parque, en la playa... No lo podíamos hacer de otra manera. Pero necesitamos ayuda y necesitamos una atención especial.

La dificultad también es que hay mucha tensión que va subiendo en la frontera en Italia, en Grecia, porque llevamos más de tres años en esta situación. Creo que ya es un problema que se tenga que compartir con los demás en Europa. Es verdaderamente importante que las personas, los europeos, se den cuenta de que hay un continente que está empujando. Es así. Y hay, por

otro lado, en Oriente Medio, muchos países que están sufriendo y estas personas se van escapando e intentan encontrar un sitio más seguro.

Yo no estoy aquí para hacer un discurso político, no es lo mío. Yo soy una voluntaria que está ahí para acoger personas, ocuparme de ellos, cuidar de ellos. Yo y los demás. Gracias a don Rito, por supuesto, y al coraje y la valentía de los responsables de Cáritas y del obispo Antonio Suetta, que apoyó el proyecto.

Estar en primera línea es distinto que estar detrás, en las oficinas, en la política. Nosotros somos muy directos. Don Rito es una persona muy directa. Don Rito es una persona muy valiente que no solamente ayuda a los migrantes en camino, en Ventimiglia, sino que también ayuda a la gente de su país. Tiene una fundación, la Fundación de Oasis, Amor y Paz, donde ayuda a los niños para sacarlos de las bandas de los narcos y para que no trabajen en los campos de coca, en Colombia. Don Rito también necesita el apoyo de todos nosotros porque está haciendo un trabajo enorme. Le tendría que ser reconocido de alguna manera. Es un hombre de fe, es un hombre de religión y, de verdad, yo creo que actúa. Es un hombre de acción; actúa el Evangelio. Él siempre piensa en Jesús cuando habla con nosotros. Los voluntarios de Ventimiglia Confine Solidale no son todos cristianos o católicos. Hay muchos de nosotros que nunca se habían acercado a una iglesia. Están ahí en la iglesia por don Rito; gracias a don Rito; por la energía de don Rito. Igual, algunos de nosotros se han vuelto a acercarse a la religión. Es un pequeño milagro también, ¿no?

Esta iglesia ha sido un pequeño milagro. Nos lo han dicho las personas que han pasado por ahí (no solamente los migrantes), las ONG y los periodistas; cada uno que ha venido –el padre puede decirlo, ellos también– ha encontrado un ambiente especial y nos hubiera gustado que más gente pudiese probar esas emociones.

Antes he visto el vídeo, vuestro vídeo del CEU y claro, ha sido bastante impactante para mí, porque es como verte el espejo, como te ven los demás. Y es difícil. Casi me echo a llorar. Intentamos hacer este trabajo de la manera más profesional posible. Somos voluntarios, pero sabemos que tenemos enfrente personas que tienen problemas inmensos. Intentamos hacerlo con el corazón, pero también con la cabeza. Se necesitan en Ventimiglia más personas para el informe legal. No son suficientes. Se necesitan personas que aconsejen a los migrantes, les informen. No es fácil. Hay miles de personas que pasan cada año y que no tienen ninguna información de este tipo. La información es fundamental, porque ellos llegan a Europa y tienen unas ideas muy confundidas.



Los medios de comunicación son algo que no ayuda mucho al migrante, en realidad, porque ellos tienen una información de las personas que llegan a Europa que se basa, por ejemplo, en fotos del migrante bajo la Torre Eiffel sonriendo. El mensaje es: “He llegado. He sido fuerte. He sido valiente. Lo he logrado”. Lo que no aparece es que estas personas duermen en el suelo en el medio de las ratas. Bueno, lo habéis visto vosotros en París cuando la policía coge a estas personas y las quita de en medio de la calle. Los medios de comunicación tendrían que utilizarse también para informar a estas personas. Desde hace algunos meses, tenemos una abogada, de [ininteligible] que ayuda a muchos de ellos que quieren volver a su casa; que se han sentido o se sienten engañados. Las fotos que colgaban en el Facebook los amigos no eran realidad. Las personas que les decían: “Venite para Europa, que te vamos a ayudar” cuando llegan a Europa ya no les van a ayudar, para nada. Y los dejan ahí solos. Entonces, es el problema de Europa, porque los que lo convencieron para viajar ya no se interesan.

Cuento una historia brevemente (no sé cuánto tiempo estoy hablando, queda poco ¿no?).

Os puedo contar una historia de las que vivimos nosotros. La historia de una familia de Sudán. Ellos salen de Sudán porque la niña tiene un cáncer en esta parte de la cara. Tiene la cara hinchada y el padre tiene una librería en Jartum. Vende todo y sale de Jartum con su hija pequeña, su hija mayor, su mujer y dos niños. Venden todo porque una tía les espera en París, les va a ayudar y se va a ocupar de que la niña esté cuidada por los mejores médicos de Francia. Este hombre, que tenía una posición, tenía un trabajo, no estaba desesperado, pero sí estaba desesperado por la salud de su hija. Empieza el viaje, cruza el Mediterráneo. Su mujer y los dos niños se caen al agua por la tempestad, se caen al agua y mueren enfrente de sus ojos y los ojos de sus niñas. Llegan a Italia. Los meses pasan y se va hinchando el cáncer ahí, en la cara. Llegan a Ventimiglia. Intentamos convencerle de que le pueden cuidar a la niña en Italia también, que puede tener confianza en nosotros. Y este señor dice: “No, que no puedo, que se lo he prometido a mi mujer, que está mi cuñada esperándome en París, que ellos van a cuidar de nosotros”. “¿Estás seguro?”. “Sí”. Pues, con el poco dinero que le quedaba, decide tentar a la suerte. Llegan a París. A los dos días, nos llaman: “Mi cuñada no tiene papales. Mi cuñada no está en una casa. Mi cuñada está en un campo”. Y entonces: “¿Qué vas a hacer, Mohammed?”. “Pues, estoy en la calle, está lloviendo, con las niñas en el suelo”. Y nos envía una foto. Esto no puede pasar. No puede seguir pasando. Intentamos ocuparnos de ellos contactando con personas de la comunidad musulmana de Niza que nos ha ayudado mucho. Hemos

contactado con dos personas en París, lo pusimos en contacto también con médicos, con personas que podían ocuparse de ellos y gracias a Dios a la niña ya la operaron. Ese es un ejemplo que tiene que dar mucho que pensar, también, sobre la cultura y los medios de comunicación; de cómo pueden estar utilizados y por qué estas personas llegan a Europa.

Os podría contar miles y miles de historias. Hay un vídeo. Simplemente os quería enseñar un vídeo que se rodó el invierno pasado, exactamente cuando vino el padre Andrés Ramos, y donde se ve la distribución de las mantas. Y habla de nosotros.

Muchas gracias.

[Aplausos]

[Reproducción vídeo en italiano]

[Aplausos]